

CUATRO CUENTOS

DIMAS LIDIO PITY

COMO EN UN VIEJO GRABADO

A Floyd, in memoriam.

“Un hombre ha caído en tierra y baña con su sangre
Los recuerdos las flores las fuentes los jardines
Los sueños infantiles . . .”

Jacques Prevert
Histoires.

Al principio no distingues nada en la oscuridad, pero luego adviertes que la estancia es reducida y rectangular; y supones que las paredes son lisas, que están despintadas — con toscas leyendas y dibujos obscenos, como es usual— y que el techo es muy alto. En el suelo hay tres individuos, o tres bultos que deben ser individuos, recostados contra los muros. Uno fuma; los otros (quizá también ése) te observan sin moverse.

— ¿Por qué te trajeron? — pregunta bruscamente una voz grave, a la izquierda.

— No sé. No me lo han dicho.

Tu voz suena extraña. Nunca la habías escuchado en la oscuridad.

— Así que no lo sabes . . . (Ahora es una voz aguda, chirriante; semeja raspar la sombra) Seguramente eres un angelito. Aquí nos gustan los angelitos, para darles por detrás.

Terminan las carcajadas y guardas silencio porque es cierto que no te lo han dicho. Ni siquiera te han interrogado desde que te detuvieron cerca del muelle de los holandeses. A veces vas allí porque te gusta ver cómo cargan y descargan los barcos. Algunas noches entras a la cantina del porgugués y conversas con los marineros y los pescadores. La marea estaba subiendo y mirabas distraídamente el cabeceo de los botes y los desperdicios que flotaban entre éstos, cuando aparecieron ellos con cascos, arreos de combate y metralletas. Quieto o te mueres, gritaron. Alza las manos, coño. Para más tarde tenías cita con el capitán de un camaronero. Desde hace meses andas sin trabajo y pensabas embarcarte por un tiempo. Eran tres y sólo una mujer que pasaba con un niño en brazos vio cómo te metieron a empujones en la patrulla.

— ¿No tenías marihuana?

— ¿Marihuana?

— No te hagas el güevón, angelito — insiste la voz chillona —. Seguramente estabas trabado en el humo y no los viste llegar.

— Ya — interviene el fumador —; no lo molestes más. Lo trajeron porque les dio la gana y no hay más que joder. Ustedes saben cómo es esto.

Los otros callan.

— ¿Y a ustedes los trajeron hace tiempo? — preguntas al rato, por decir algo, para alejar la inquietud con las palabras.

— En esta celda llevamos tres meses, aunque de estar presos tenemos más tiempo — dice el fumador —. Yo estoy condenado a cinco años; apenas he pagado dos.

Ahora notas que no hay ventanas; los muros se unen al techo. Tampoco hay luz, salvo la que penetra a través de la reja de la puerta — ésta da a un pasillo estrecho y lóbrego —, pero esa claridad anémica es un espectro de la verdadera luz: ni siquiera permite distinguir los rostros y los cuerpos. De pronto piensas que ellos, si han permanecido tanto en la oscuridad, deben estar casi ciegos. (Sus ojos serían cuencas gangrenadas, llenas de imágenes podridas). Un súbito terror te induce a imaginar que también, pronto, quedarás ciego. Guardia, gritas, guardia. Nadie viene: tu voz choca contra las paredes, entra y sale de las celdas mudas, la ignora el oído del guardia y finalmente cae al piso, exhausta, derrotada, sobre el polvo del tiempo, sobre las huellas de los cientos de reclusos que han pasado al pasillo — también, tú.

Sientes que algo tibio te sube por el pecho, te aprieta la garganta y te humedece los ojos. Haces un esfuerzo y reprimes las ganas de llorar.

— Sí — agrega el fumador —, nadie te oirá. Cuando vienen a traer la comida, dices lo que quieres; antes nadie te escucha. Mejor dicho, son unos vergajos: aunque te oigan, no hacen caso. Lo hacen para joderte. Debes acostumbrarte a eso.

— Pero quiero que me saquen de aquí. No he hecho nada. Por lo menos deben decirme por qué me han traído.

— Uh, paisano, últimamente han agarrado a mucha gente por gusto. — Da una pitada larga al cigarrillo y arroja la colilla a través de los barrotes. Pequeñas chispas saltan al chocar en la pared del otro lado —. A ellos no les importa un carajo nada. Cuando les dé la gana, si lo creen necesario o les sale de los fofros, te dirán por qué te han traído. ¿Entiendes? Siempre es así.

— Pero yo quiero saberlo ahora. Tengo mis derechos.

— Olvídate de esa vaina, hermano, y toma las cosas con calma — insiste. Sus palabras te parecen gastadas. Suenan (¿huelen?) a moho, a metal herrumbrado, como si durante mucho tiempo hubieran estado a la intemperie, sin uso, abandonadas por su dueño —. A lo mejor ni te conviene saberlo. Tú sabes, a veces es mejor no saber las cosas: así se conserva una esperancita; pero si te dicen por qué te han traído, te jodiste: ya no hay nada que hacer. ¿Comprendes?

Totalmente confuso (aunque hasta cierto punto abatido, rehusas aceptar lo que de ningún modo te parece lógico), te sientas en el suelo, junto a la puerta. Tratas de serenarte de pensar con claridad y (como víctima de una obsesión, como acosado por un enigma) indagas en los posibles motivos de tu captura, pero la tensión te agobia y a cada instante crees escuchar tu nombre, verlo fosforecer en la aridez del aire, de los muros y los hierros. De algún modo intuyes que la mención de tu nombre significa libertad: volver a las calles atestadas del mercado, a las caras conocidas, a las noches en la cantina del portugués. Contienes la respiración y afinas el oído para que no escape ni una sola de las sílabas familiares, para que la humedad de los pasillos no apague o demore la voz que anuncia tu salida; pero nada: el silencio crece y se hincha como un delirio sin término. Entonces

insistes en recordar, en preguntarte, en darte una razón: te trajeron por error; no, porque eres amigo de Federico (Todos saben, aunque la prensa lo calla, que él combate al régimen desde la clandestinidad. Deben suponer que sus conocidos lo apoyan. Los militares no han dejado de perseguirlo); no, debe ser porque cuando joven participaste en manifestaciones contra los gringos.

Un olor rancio y agrio — orines, excremento, sobras de comida — te hace contener el aliento. Hasta ahora no habías percibido la pestilencia. Proviene de un hueco hecho en el piso, aproximadamente en el centro de la celda. En ese orificio, cuyo diámetro apenas excede al del brazo de un hombre, los tres defecan y orinan. Y como el agua que reciben sólo les alcanza para beber, nunca lo limpian. Pero a ellos ya no les mortifica el hedor. Tampoco los perturban los gritos que se oyen a veces, como lamentos subterráneos o brotados de los muros. Parecen vivir en otra vida, fuera o detrás de ésta. Ahora, por ejemplo, permanecen quietos, sin hablar, como suspendidos en una solución de tiempo y muerte. Quisieras pedirles que te ayuden a dar con el motivo de tu arresto (deben tener experiencia en esas cosas), mas comprendes que sería inútil: ya te dijeron que no hay nada que hacer, que no debes preocuparte. No obstante, tu mente se rebela, da vueltas, se arrastra, trepa y recorre conversaciones, días y hechos en busca de una causa.

Repentinamente, el hedor y la inquietud desaparecen. No estás en un bloque de aire oscuro, en compañía de tres desconocidos — quizá perversos, probablemente criminales o ladrones —; no te han detenido porque alguien dijo (o lo obligaron a decir) que tú . . . ; no, no estás en una celda de castigo, con guardias bestiales (entrenados, quizá nacidos, para la muerte) que recorren día y noche los pasillos. Tu mundo no es éste; jamás lo has conocido. Ahora estás en un camino bordeado de maizales y potreros. Ves los caballos y las vacas que pastan o sestean bajo los árboles. Ves el mar, colgado del cielo, en lontananza. Ves las colinas que hay antes del mar. Ves los ríos que bajan serpenteantes por la llanura. Ves la cinta gris de la carretera que desaparece y reaparece entre las vegetaciones. Ves lo que has visto durante años, lo que aprendiste a ver mientras acompañabas al abuelo en

sus andanzas por los cercos, lo que ves cuando vienes a pasar las vacaciones de verano.

Ahora tienes doce años y regresas a la casa desde el pueblo. Has demorado más de lo habitual porque te entretuviste matando una culebra. Te enfureció verla comiéndose los huevos de un nido de paloma. Primero le tiraste piedras y después la remataste con un palo. El abuelo afirma que esas culebras no son venenosas; pero también dice que todas deben matarse. Quedó a un lado del camino, ensartada en el mismo palo con que la mataste. ¿Qué dirá la gente cuando sepa que la has matado tú? Alguien saloma en los maizales. ¿Será Marcelino? Una de las parcelas es suya. Las ardillas y los pájaros lo van a enloquecer: pasa horas espantándolos para que no se coman el maíz.

La primera vez que regresaste de vacaciones, los hombres se reían de ti: ya no tenías callos en las manos y eras incapaz de caminar descalzo. Sin embargo, pronto volviste a tener callos (la abuela te frotaba con cebo de vaca tibio las manos despellejadas) y Faustino te enseñó cosas que antes ignorabas. Entonces fuiste de nuevo gente de la tierra. Ahora no se burlan; al contrario, a veces te invitan a pescar o a curar el ganado. Y el día que la novilla monguta del viejo Ciro te derribó junto a la cerca de alambre, todos corrieron a socorrerte. Al ver que no estabas herido, hicieron bromas, pero ya no de burla sino de alegría. Así supiste que comenzabas a ser un hombre como todos. Ellos no te lo dijeron: lo viste en sus ojos cuando te levantaste y sacudiste el polvo de los pantalones, cuando recogiste el sombrero, pisoteado por el animal, cuando los miraste, sonreíste y dijiste que no había sido nada.

Aunque ahora lo ignoras, estas son las últimas vacaciones que pasarás en casa del abuelo. El año entrante tendrás una pierna enyesada (te la habrás roto jugando el fútbol) y para el siguiente habrá muerto el abuelo y su casa pertenecerá a la tía Dorelia, cuyo marido es enemigo de tu madre. Claro, eso todavía ni lo imaginas. Ahora no piensas más que en contarle al abuelo cómo mataste la culebra. El está sentado en el portal (lo sabes), en su vieja silla de cuero. De vez en cuando se acaricia la barba, entorna los ojos, reflexiona, masca tabaco, lanza un salivazo marrón y mira las copas de los cedros, sin hojas, movidas por la brisa. Está

orgullosos de sus cedros. Son los más altos y gruesos de la comarca. Los plantó su padre, cuando aún el abuelo no había nacido, antes de que construyera la primera de las tres casas que construyó en el mismo sitio y que fueron devoradas por los comejenes. El abuelo heredó la última y vivió en ella hasta que un día, desesperado porque no lograba ahuyentar a los insectos, le prendió fuego. ¿Qué edad tendrá el abuelo? Su espada con vaina de cuero es de 1891. Para entonces ya él debía ser un hombre. Asegura que por ella pagó un dólar de plata a un herrero de Cartagena. Cuando le preguntas por qué la conserva, responde que es un recuerdo. Todo lo que guarda son recuerdos, pero pocas veces habla de ellos. Sólo una tarde te habló de la guerra. Te contó cómo los conservadores (él era liberal) cortaban las cabezas a los muertos y degollaban a los heridos; cómo había huido a Costa Rica después de la derrota. También mencionó la vez que una bala de mauser le atravesó un costado y él detuvo la hemorragia poniéndose lodo en la herida. Iba a contarte lo que hacían con las muchachas de los pueblos capturados, cuando la abuela lo interrumpió y le dijo que esos no eran cuentos para niños. Después no ha vuelto a referirte episodios de su vida. Otro día, dice cuando le pides alguna historia, otro día te cuento. Lo cierto es que, aunque ahora ambos lo ignoran, nunca podrás escucharle más relatos de la guerra.

El ruido de una reja al cerrarse te sobresalta. Esperas oír pasos. Nada. Lejos, apagada, escuchas una sirena; cerca, como si estuvieran dentro de ti, las respiraciones de los hombres. Vuelve la angustia. Quisieras golpearte la cabeza contra los muros. El fumador enciende un cigarrillo. A la luz del fósforo tratas de ver sus caras. Los tres están semidesnudos. Sólo usan los calzoncillos: el resto de la ropa lo utilizan para tenderse. Día y noche el sudor cubre sus cuerpos. El de la voz aguda es negro, el fumador es de raza indefinida (igual podría ser árabe que indonesio: sintetiza las nacionalidades y las razas que, a través de siglos, han pasado por el país) y el otro parece indio. Los tres tienen los ojos hundidos y la mirada opaca. Mientras dura la luz te observan.

— No pareces maloso — dice el fumador —. ¿Quieres un cigarrillo?

— No

— Te haría bien. Fumar calma.

Los otros encienden sus cigarrillos con el del fumador. Guardas silencio. Las brasas de los cigarrillos trazan arcos en la oscuridad. El indio tose y escupe en el agujero. Pasan los minutos. Quisieras ser, sentirte como ellos: saben por qué están aquí; mataron, violaron, robaron; tú, en cambio, ¿qué? . . .

La voz grave te interrumpe.

— No es bueno lo que haces, paisano; no te ayuda. El pensamiento cría ilusiones y te engaña. Acostúmbrate a no pensar. Deja que las cosas vengan y pasen y se vayan. Es lo mejor que puedes hacer. Si te pones demasiado pensativo, empiezas a ver cangrejos en la oscuridad, llega el día en que no te das cuenta de que alguien te toca la nalga y acabas en loco o en cueco. Y las dos vainas son jodidas.

— Es lo que yo te quería decir, angelito, que no te descuides porque aquí el que menos piensas te ensarta — ríe el de la voz filosa.

Otra vez silencio. Sólo las respiraciones revelan que cuatro hombres existen en la sombra, sentados en torno a un agujero fétido: ellos, varados en un destino ciego y sin ventura; tú, sumido en una incertidumbre aciaga, casi envidiándoles su pena.

Ha debido anochecer. Paulatinamente, la claridad de la puerta se extingue. Ahora la oscuridad total se une al silencio y tú y ellos son cuatro mundos invisibles y distantes. Para atenuar la angustia tratas de olvidarte de ti y de pensar en ellos, de imaginar sus vidas, de ubicar a cada quien en su desdicha. A cada uno le asignas un pasado y una culpa y acaso un goce y posiblemente una pequeña esperanza, para que no difieran en nada de ti o del resto de la gente. Te distraes un rato con eso. Luego la inquietud vuelve a oprimirte, dejas de fantasear y poco a poco asocias tu situación con la presencia de los otros. Te han traído para que éstos averiguen lo que Ellos desean saber de ti. Estos no son presos auténticos: deben ser guardias o soplones. Por eso se portan amigables: para confiarte y que digas lo que sabes. Ahora sí estás seguro de que les interesa Federico. Por algo que no entiendes o que ignoras, te vinculan a él. No puede ser otra cosa.

El tiempo pasa. En la entrada del pasillo encienden una luz.

La tensión y la fatiga te cierran los ojos. No sabes cuánto después oyes voces y ruido de cerrojos. Debe ser la cena, piensas. No es. Llegan dos guardias armados con metralletas. Uno abre la reja y te ordena salir. El corazón te da un salto. Sabías (¿cómo pudiste dudar?) que era un error. Te han confundido con alguien. Eso es. Tenían que darse cuenta. Te pedirán disculpas: "lo lamentamos mucho, señor; que le vaya bien".

Claro que te irá bien. Claro que saldrás. Pero siempre recordarás estas caras y estas horas. Tal vez no tanto las caras (apenas has podido verlas), sí las voces, la angustia, la sombra sin tiempo. Y también el hedor. No salía del agujero (pensarás); estaba en las paredes, en los hierros y en los cuerpos: la carne lo adquiría de los muros. El hedor era anterior a los presos: había surgido con la primera piedra de la cárcel. Como el garrote, la electricidad, las bolsas de arena y las mangueras, formaba parte del martirio. Sí (dirás), en la oscuridad, para el tipo atormentado, el hedor sustituía a los golpes del torturador.

Te ordenan apoyar las manos en la pared y separar las piernas. Te registran y luego te esposan. Duros, inexpresivos, sin nada humano en sus gestos, a pesar de las armas no te inspiran temor. Cuando te trajeron, sí: eran lo desconocido y lo terrible; ahora es distinto: ya no tienen nada contra ti. Cierran la reja y, con júbilo apenas contenido, dices adiós a la sombra, al hedor, a los bultos tirados en el suelo.

— Adiós — responde cansadamente, lejana, la voz grave, como si hablara desde un ámbito ilusorio —. Suerte.

— Cuídate, angelito. No te agüeves — dice, riéndose, el negro. Tras de recorrer varios pasillos y de atravesar rejas y puertas sucesivas, salen a un patio amurallado. Aspiras el aire de la noche. La brisa huele a mar. Sientes que la vida vuelve a tu cuerpo, que algo impuro lo abandona. Y, de pronto, como si hubiera transcurrido mucho tiempo desde la última vez que estuviste allí, te acomete el deseo de ver a los amigos que cuentan chistes y juegan dominó en la cantina del portugués. También evocas aquel verano que pasaste en la playa y que es uno de tus recuerdos más queridos. Como la espada del abuelo, es una de esas cosas que la memoria pule año tras año para tener algo hermoso en la vejez.

Consiguieron una casita sin vecindades próximas. Por la mañana y por la tarde nadaban y corrían hasta extenuarse. Ella se bañaba desnuda y recogía conchas de colores. Después se tendía en la arena, en el borde de la espuma, para que las olas le acariciaran los pies. Su piel olía extrañamente; no era a sal ni a sol, era a algo antiguo, como si el mar la hubiera impregnado con el primer aroma de la vida. No te cansabas de admirar el contraste entre su piel dorada y su cabello rojizo. Ella cerraba los ojos y permanecía inmóvil y tu boca recorría su carne tostada. Lentamente, deteniéndote en cada punto, intentabas descubrir los secretos de su cuerpo; pero los enigmas persistían, renovándose: los senos, el ombligo, los muslos guardaban infinitos misterios; te agotabas explorando ese mundo sin límites, cuyo encanto renacía y se multiplicaba a cada segundo. A veces dejabas de mirarla, como temeroso de extraviarte en los laberintos de su piel, y escrutabas el horizonte de las islas. Tu vista se iba detrás de las gaviotas y las nubes. Bastaba, sin embargo, una palabra suya, un simple gesto, y volvías a sumergirte en las puras sensaciones de los labios unidos, de los vientres frotándose, como en un inconciente y desesperado afán de arraigar el tiempo en ese sitio, de permanecer para siempre abrazado a ella sobre la arena húmeda, con la última luz hundiéndose en el agua tranquila.

En esos días nada te importaba: no había pasado ni futuro; no tenías recuerdos ni esperanzas: su cuerpo desnudo era la única verdad. Ahora, en cambio, todo te interesa, hasta los detalles: uno de los guardias cojea levemente; el otro carga la metralleta colgada del hombro izquierdo y su nariz es curva; el primero lleva las botas sin lustrar. Era negligente (recordarás); seguramente lo castigaban a menudo.

Cruzan el patio. Desde una torrecilla, junto a un reflector apagado, los observa un centinela. Llegan ante una puerta de hierro empotrada en la muralla. Uno de los guardias llama con una aldaba y abren desde el otro lado. Entran a un patio más pequeño y menos iluminado. Ahora tu interés por la realidad aumenta, pero ya no te fijas en la indumentaria de los carceleros, sino en las murallas sombrías, en los reflectores apagados que asoman sobre ellas y en los ruidos de pasos provenientes del

fondo del patio. Recuerdas que al entrar no pasaste por este lugar.

— ¿A dónde vamos? — preguntas, súbitamente inquieto.

No responden y uno de los vigilantes te agarra por un brazo. De pronto (alguien ha encendido las luces), alineados frente al muro y de espaldas a ti, ves al oficial y a los soldados. Son los del viejo grabado que había en el cuarto del abuelo, arriba de la cabecera de la cama, al lado de la banderita roja, de la espada y de un triángulo masónico que él llamaba de los sabios de Oriente. Te gustaba contemplarlos cuando ibas a darle las buenas noches. Parecía que no tuvieran ojos. A veces te preguntabas si no estarían muertos. Y un día quisiste saber por qué el hombre parado frente a ellos estaba vendado con un pañuelo negro y tenía las manos atadas a la espalda. No recuerdas qué respondió el abuelo, aunque te parece que masculló algo sobre los infames conservadores.

Ahora, en forma vaga, como si estuvieras dentro de una pesadilla o como si tus nervios fueran de trapo o tu cuerpo fuese ajeno, sientes las piernas pesadas y mojado el pantalón; además, adviertes que los guardias — a tirones, casi a rastras — te conducen hasta el muro. Bruscamente, la luz de un reflector te baña y pierdes de vista a los soldados. Quisieras gritar que no, carajo, que no, cabrones, que se han equivocado; pero ningún sonido sale de tu boca. Entonces el oficial se acerca con un pañuelo. Mientras lo oyes regresar a su puesto, piensas que deberías preguntarle que por lo menos . . . Pero no. ¿Para qué? Como decía el fumador — y por fin has comprendido —, algunas veces, en ciertos momentos, una respuesta no tiene la menor importancia.

EL FINAL DE LA ESCALERA

A los combatientes del FSLN de Nicaragua.

Hasta donde alcanzaba su vista, no había nadie. Tampoco escuchaba ruidos que delataran la presencia de alguien en las cercanías. Todo estaba en silencio y tranquilo. En el barrio dormido sólo era perceptible el rumor del mar, semejante a un eco difuso y monótono de los múltiples sonidos que producía la ciudad. De trecho en trecho, propiamente en las bocacalles de casas carcomidas y despintadas, un farol de luz amarillenta y desvaída daba un tinte lechoso al pavimento y a las paredes. En varios puntos de las aceras, en las depresiones de los desagües y en algunos zaguanes, había latas vacías, papeles, tapas de frascos, cáscaras de frutas y otros desperdicios sacados por los gatos nocturnos de los tinacos, cuyos olores rancios esperaban la noche. Fuera de eso y de algún maullido inopinado, no había nada. Podía pensarse que el hombre, que cojeaba levemente, caminaba por una calle de un barrio fantasma.

Sin embargo, pese a la calma reinante, el hombre pensaba que no había sido ilusorio el ruido de pasos percibido poco antes. Sospechaba, casi era una certeza, que desde algún rincón de la calle, en apariencia desierta, alguien lo espiaba. No habría podido explicar cómo sabía esto, pero estaba seguro de que era así. Instintivamente metió la mano en el bolsillo del saco y empuñó la pistola. El contacto de la Browning lo tranquilizó. Era una automática de 9 milímetros que lo había acompañado durante muchos años. Se la había ganado en una apuesta al capitán Zelaya. Después le había puesto cachas de nácar con incrustaciones de oro. Era un arma hermosa y fiel. Con ella en la mano se sentía seguro y dispuesto a lo que fuera. Pensó que lo más prudente, si en realidad lo estaban acechando, sería regresar a un sector menos solitario, pues con el tobillo lastimado (se lo había torcido días atrás, al esquivar a un ciclista que casi lo atropella) no podría correr, en caso necesario; pero luego, tras de haber desandado unos pasos, decidió que no, que seguiría adelante. Eso sí, alerta a cualquier indicio de peligro.

Tensos los nervios y los sentidos agudizados al máximo, recorrió casi cincuenta metros sin que volviera a escuchar el ruido que lo había hecho sobresaltarse y pensar que lo estaban siguiendo. Anduvo otro trecho y no oyó más que sus propias pisadas. Definitivamente, no había sido nada. Por primera vez, desde que podía recordar, se había engañado en un caso así. Bien pudo ser, se dijo, que un gato estuviera trasteando en un tinaco. Bueno, lo importante era que nadie lo seguía.

Avivó el paso lo más que pudo. Faltaba poco para llegar al zagúan de la vieja casa en que vivía desde que dejó el hotel. Recordó cómo, desde la primera vez que vio su estilo neocolonial, los arabescos de hierro forjado en los balcones, los maceteros con girasoles que asomaban en el último piso, le había parecido estupenda. Tenía bastante semejanza con las del barrio en que se crió y vivió hasta que lo hicieron oficial. Fue una suerte haberla encontrado. Y más suerte todavía el haber conseguido una habitación desocupada. En ella se sentía confortable, abrigado, a cubierto de acechanzas y celadas.

La administradora era una anciana europea, de figura grácil y mirada bondadosa, fanática de la higiene y de costumbres frugales, que, con aire conspirativo, mezclaba en su cocina uvas californianas y chilenas para producir un vino de cuerpo áspero. A veces recibía postales y revistas de su nativa Austria y en esas ocasiones andaba con paso más vivo que de ordinario y tarareaba tonadas de su tierra. Los demás inquilinos, por su parte, casi nunca se dejaban ver. Eran personas discretas, de vida rutinaria y sencilla (la excepción era un andaluz, dueño de una fonda, que algunas noches metía en su cuarto una mulata escandalosa) y que seguramente tampoco deseaban complicar la existencia ajena.

Al llegar al zagúan, atisbó en ambas direcciones de la calle. No vio a nadie y se sintió más aliviado. Era natural que estuviera desierta. Excepcionalmente alguien deambulaba por allí después de las once de la noche. Si acaso, y eso en muy contadas ocasiones, algún vecino, momentáneamente descarriado por haber ganado en la lotería o en las carreras de caballos, regresaba a su casa dando tumbos y procurando hacer el mayor escándalo posible. Volvió a examinar la calle en ambos sentidos y mental-

mente se dijo que su alarma, por primera vez, había sido imaginaria. Tras de una última ojeada a la acera de enfrente, reanudó la marcha.

Usualmente, el tramo que iba de la entrada del zaguán al comienzo de la escalera permanecía iluminado por una bombilla empotrada en el fondo del pasillo, pero el resto de la escalera, hasta el tercer piso, en el cual vivía, siempre estaba en penumbra, pues sólo recibía la claridad que proyectaba un foco ubicado entre los pisos segundo y tercero. Quizás por la falta de luz o por la aprensión sufrida antes, el hombre sintió un ligero estremecimiento al comenzar a subir la escalera. Sin embargo, no le prestó atención y prosiguió el ascenso, procurando, eso sí, no recargar el peso del cuerpo sobre la pierna lastimada.

El sonido de los pasos se perdía hacia arriba y hacia abajo: hacia la azotea y el cielo, y hacia el zaguán y la calle. Subía con lentitud y sus pisadas eran irregulares; daba la impresión de venir cansado o sumido en profundas reflexiones. Visto así, en la escasa claridad de la escalera, su imagen era la de un hombre común: empleado público, dependiente de farmacia o contador de almacén, padre de varios hijos y acosado por acreedores. Podía ser tomado por un ciudadano típico que regresa tarde a su casa, luego de haber celebrado con los amigos el resultado de un partido de beisbol o de la pelea por el título nacional de peso gallo. Nadie hubiera pensado, o imaginado siquiera, viéndolo subir con tanta parsimonia, con aire tan fatigado o desvalido, que aquel hombre era el capitán José Lorenzo Sisniega. Aún sabiéndolo costaba creerlo. ¿No me habría equivocado? ¿No estaríamos confundidos? Esas preguntas me las hice. Pero no había la menor duda: él era. No en balde lo habíamos seguido y vigilado constantemente, durante días, hasta tener la seguridad de no equivocarnos. El era. Claro que sí. Pero ¿quién lo hubiera dicho? Sin el uniforme, se veía más viejo y más grueso. Y menos arrogante, por supuesto. Además, se había dejado bigotes. Podía confundir a quien no lo conociera bien. Pero yo, tal vez porque lo odiaba como a pocos hombres habrá odiado alguien en la vida, lo habría reconocido aun con los ojos cerrados y en medio de una multitud. En cualquier circunstancia habría sabido, habría sentido (del mismo misterioso modo que algunos

animales perciben el peligro: sin verlo) que aquel era José Lorenzo Sisniega, capitán de la Guardia y socio, simultáneamente, del tirano (esto lo aseguraban muchas personas) en negocios de prostíbulos y de tráfico de drogas. El mismo que había torturado, en varios casos hasta la muerte, a cuantos compañeros nuestros cayeron en sus manos. El que violaba detenidas y luego amenazaba con fusilarlas si se atrevían a abrir la boca para “ofender al uniforme y manchar el honor de las fuerzas del orden”. Ni en medio de la noche más espesa me habría equivocado. El hombre de aspecto avejentado que subía la escalera era el mismo José Lorenzo Sisniega que había ordenado disparar, en la Plaza de San Jacinto, contra una manifestación que protestaba por el asesinato de un periodista y por el régimen brutal que padecían en las cárceles centenares de presos políticos. El mismo que, al hacerse incontenible la presión popular contra la tiranía — sobre todo aumentó a raíz de los bombardeos aéreos realizados por el gobierno sobre ciudades inermes — y comenzar a resquebrajarse la maquinaria represiva, huyó a este país. Aquí aguardaba la oportunidad de irse a otro sitio, a reunirse con sus socios y a disfrutar lo robado a nuestro pueblo. Vivía en este barrio para despistar. Probablemente supuso que, en caso de ser perseguido, sería buscado en hoteles caros o en áreas exclusivas. Pensó que aquí estaría seguro, en el sosiego de las casonas y el rumor del mar.

Al llegar al primer piso se detuvo para tomar aire, y aprovechó la pausa, por hábito, para aguzar el oído; mas no escuchó nada que no fuese parte del jadeo amorfo de la noche, de vez en cuando alterado por bocinas de automóviles. Sonrió interiormente. Hoy había descubierto lo que era la imaginación. Le había hecho creer que alguien lo seguía. Incluso le hizo ver como que una sombra se deslizaba en un callejón, entre dos casas. Ah, si le contara eso a Zelaya. Diría: carajo, compadre, con los años se me está volviendo gallina. Volvió a sonreír para sí. Luego respiró hondo y reanudó el ascenso. A lo lejos escuchaba, sin que pudiera precisar de dónde provenía, una canción negra; o quizá no fuese negra, pero sonaba como un *son*. Esa canción le había gustado siempre, aunque ignoraba su nombre. ¿Por qué? ¿Por que le gustaba a Teresa? ¿Qué importaba, después de todo?

¡Teresa! Cómo la echaba de menos. Ya no era una chiquilla, pero su carne se conservaba fresca y firme. Daba gusto apretarla hasta hacerla gemir con la boca entreabierta. El no sabía por qué su cuerpo olía siempre a jazmín. Y cómo sabía moverse la bandida. Era muy malo no tener noticias de ella. Habían pasado cinco semanas desde que abandonó el país sin siquiera poder despedirse. Cuando llegara a Miami (allá había amigos y ningún cabrón le podría hacer nada) le escribiría. Después la mandaría a buscar, si antes no encontraba una gringuita cariñosa. Qué carajo, el hombre es gallo y pisa aquí y pisa allá y se sacude donde puede, como dice Zelaya. Ah, si ella estuviera aquí me pondría compresas en el tobillo. Pero no está, qué carajo, y me las pongo yo mismo. Otra vez se detuvo para tomar aire. Afuera, sobre los techos, por el cielo, el *son* continuaba adormeciendo el viento con su ritmo oscuro.

Ya comenzaba a subir el tramo final. Se veía cansado. ¿En qué pensaría? Tal vez le preocupaba la demora del consulado norteño en extenderle la visa. ¿Se la iban a negar? No, era improbable que temiera eso. Todo el mundo sabía (y él mejor que muchos) que no iban a hacer eso. A lo mejor hasta lo invitaban a trabajar en alguna de esas dependencias semiclandestinas, o lo llamaban a colaborar en la lucha contra la subversión en algún país amigo. Es lo que hacen con individuos como él. Los siguen utilizando; les dan facilidades y medios para que cometan en otras tierras las tropelías que perpetraron en la propia. Ellos saben bien que tipos así no tienen patria ni les importa con nada. Por eso son útiles. Simplemente, les ordenan que vayan y peguen. . . y van y pegan. Ni siquiera averiguan por qué. Disfrutan haciéndolo. Eso es todo. Para eso han sido entrenados.

Hasta mi escondite llegaba la música de un *son*. Desde hacía rato la escuchaba. Parecía que alguien le hubiera echado monedas al traganíqueles para que repitiera el disco muchas veces. Su melodía era muy parecida a la de una canción que tocaba a menudo la radio de mi casa. Quizás esa semejanza me hizo pensar en la familia, en los compañeros, en todo lo que habíamos sufrido, y en las cosas de la patria. Y probablemente esa misma fuerza de los recuerdos me volvió a la realidad de la misión que

me había sido encomendada. Así que dejé las añoranzas y me concentré en lo que tenía que hacer.

Ahora Sisniega se hallaba a cinco metros escasos de mí, pero no podía verme porque estaba de espaldas y porque, además, me cubría la oscuridad de la escalera que conducía a la azotea. Al concluir la ascensión exhaló un suspiro profundo. En seguida extrajo una llave y se aprestó a abrir la puerta que había a su derecha, marcada con el número 7, en la cual se veía una guirnalda navideña descolorida y una estampita del Niño Jesús.

Para evitar complicaciones, no me convenía que abriera. Además, aunque pueda parecer pueril — tal vez en ese momento pensaba en los que habían sido sus víctimas —, quería que me viera bien, que supiera que éramos nosotros, para que no se fuera con dudas al infierno. Fue por eso que, en el preciso instante en que introducía la llave en la cerradura, lo llamé. “¡Sisniega!”, dije. El pareció convertirse en piedra al escuchar mi voz. Durante una eternidad permaneció tenso, callado, completamente inmóvil. Luego se dio vuelta, con la pistola empuñada.

UN DESTELLO EN EL SOL NACIENTE

Con gesto de fastidio se pasó la mano por la cara para ahuyentar la modorra y la fatiga. Su rostro sin afeitarse — el cansancio sobre todo era visible en los ojos enrojecidos — mostraba las horas pasadas con el fusil atento. Desde la tarde anterior (los disturbios comenzaron a eso de las cuatro) había permanecido en el sitio que ocupaba. Al principio, con la gente próxima y arrojando piedras contra él y sus compañeros, tuvo algo de actividad, pero después la multitud retrocedió y ya no hubo nada que hacer. Y esto era lo peor. Lo mortificaba estar quieto, sin disparar, con las horas arrastrándose como gusanos por las calles parcialmente iluminadas. A él le gustaba la acción. Sentía placer cuando gastaba un peine tras otro y el fusil vibraba en sus manos como una cosa viva. Por eso ahora, agazapado, haciendo disparos esporádicos, no estaba contento. Para colmo, del otro lado apenas disparaban. De vez en cuando, muy de vez en cuando, se oía una detonación de pistola o lanzaban una botella con gasolina. Nada más. Eso, por supuesto, no justificaba la expectativa y el cansancio de tantas horas. Eso estaba bien, incluso podía resultar excitante, para un recluta, nunca para un veterano. Recordó las palabras del sargento al asignarle el puesto:

— Localiza francotiradores y silencialos.

¿Cuáles francotiradores iba a localizar? Seguramente el sargento estaba borracho o quiso tomarle el pelo. No había otra explicación. Porque el sargento debía saber que del otro lado no tiraban. ¿Con qué armas? ¿Con pistolas? Bah, todo el mundo sabía que no tenían nada. Sin embargo, de todos modos, por hábito, se mantuvo alerta. En el transcurso de la noche sólo hizo siete disparos, y más de una vez maldijo al sargento por haberle destinado aquel sitio. Mejor hubiera estado con el resto del pelotón. En el sector que éste ocupaba, trescientos metros más allá, la multitud había intentado penetrar varias veces en territorio zoneíta. Se había dado gusto disparando contra los agitadores.

Dejó de pensar y se asomó por encima del parapeto. Parpadeó seguido y esforzó la vista. Allá lejos, un hombre corría a

través de una calleja. Disparó dos veces. Inútil. Había desaparecido detrás de una casa. Pensó que si lo hubiera visto un poco antes tal vez le habría dado. Un muchacho surgió de pronto y lanzó un coctel Molotov a un camión del *Army* que pasaba en ese momento. La acción fue tan rápida que cuando quiso disparar el muchacho se había ocultado detrás de un pequeño muro que bordeaba la calle. Maldiciéndose, furioso consigo mismo, vació el cargador contra el lugar por donde había desaparecido. El camión, perdida la dirección, se estrelló en la cerca de alambre que separa a la ciudad de la Zona del Canal. De su interior saltaron dos soldados. El vehículo ardía en medio de una espesa humareda. Del otro lado arrojaron piedras a los hombres del camión y éstos buscaron refugio detrás de unas planchas metálicas que servían de abrigo a una pareja de soldados. Los gases lacrimógenos ensombrecían el aire. Un denso olor a mostaza escocía la nariz y los ojos. Puso un peine nuevo. Le agradaba el chasquido que producía al encajar. A su derecha, un edificio ocupado por compañías norteamericanas comenzó a arder y las cercanías se iluminaron con el resplandor del incendio. Enfiló hacia allá su Garand y disparó al azar. Las llamas ascendían vertiginosamente a los pisos superiores. Estaba amaneciendo. Cuando aclare bien será más fácil, pensó. Ojalá tenga oportunidad de darle a uno. Me gustaría verlo caer; irse al infierno con una bala en sus puercas tripas.

Con la primera luz, el rocío brilló en su torno. Cuando caliente el sol sentiré sueño. Sargento cabrón. ¿Por qué tenía que clavarme aquí? A pocos metros distinguió a un compañero. Ah, allí está el Rojo Buck. Ojalá se pudra con toda su sarna el hijo de perra. Jamás me cayó bien el Rojo Buck. Una piedra golpeó con fuerza su escondrijo. Aunque no veía a nadie, disparó una ráfaga. El diablo se lleve al Rojo Buck. Al carajo todos los tipos como él.

El solecito lo animó un poco. El edificio continuaba ardiendo. Más allá, los hombres del grupo K disparaban contra las casas y parecía que desde éstas respondían el fuego. Enfrente suyo, y hasta donde podía ver, la ciudad estaba muerta . . . Por todas partes había basura regada y automóviles volcados; algunos habían sido quemados y aún despedían pequeñas co-

lumnas de humo. En las calles la gente reptaba — algunos arrastraban a los heridos — o permanecía tendida en las depresiones del terreno. Sólo en las calles distantes o en los sitios menos descubiertos se vislumbraban bultos o sombras fugaces. ¿Hasta cuándo estaré aquí como un imbécil? Disparó contra tres hombres que buscaban refugio en un zaguán, pero la distancia era demasiado larga para acertar. Una piedra cayó a su izquierda y creyó ver que un hombre empuñaba un revólver en una ventana. Soltó una ráfaga y el hombre desapareció. Los proyectiles dejaron una línea de orificios en la pared pintada de blanco, justo debajo de la ventana.

¿Cómo pudo salirle a Marta una hija como Nuria? Nadie es capaz de explicarlo. Sus dos vástagos anteriores — hijos del negro Anselmo y muertos antes de cumplir dos años — no tuvieron nada en común con ésta. Eran feos, patizambos y de ojos saltones. Y siempre estaban enfermos: si no andaban tosiendo y con la nariz llena de mocos, la diarrea los tenía pálidos y verdosos. Parecía que hubieran entrado sin ganas a la vida. Se decía que eran así porque Marta nunca quiso al negro Anselmo, quien la hizo mujer casi a la fuerza, antes de que ella hubiera cumplido quince años. Tal vez, afirmaban las viejas conecedoras, eso también tuviera relación con el asunto, porque a esa edad ni su carne ni su sangre habían madurado. Además, los hijos, decían, los había tenido sin desearlos, porque sí, porque salieron. Pero Nuria es otra cosa. Esta parece concebida con la pasión y la fuerza negadas a los anteriores. Las vecinas no recuerdan que en la casa 25 de la Calle San José hubiera nacido nunca otra niña como Nuria. En eso concuerdan todas. Hasta la Gata Elmira, envidiosa, marrumanciera y malqueriente de Marta, habla bellezas de la niña. Sobre todo sus ojos no parecen de este mundo: verdes, de un verde tardemar, nadie se cansa de mirarlos. Ni la misma Marta, tan desamorosa antes, resiste la tentación de ver y ver y reír con esos ojos, tan diferentes de los suyos, pardos y apagados.

De madrugada o de mañana, cuando regresa de la calle, se desviste, se lava las manos y se pone a fumar junto a la niña dormida. Luego, cuando despierta, la aprieta contra su pecho y la sonrisa y el calor de la pequeña disipan su fatiga. Con su hija en brazos no existen las noches de trabajo, las cantinas, los desco-

nocidos desnudos entre sábanas sudadas. Ahora la vida es una sonrisa y unas manos que le agarran la nariz, los aretes, que no cesan de manotear. Después le prepara el desayuno, juega un rato con ella y finalmente la lleva al cuarto de la vecina que la cuida durante el día, para que Marta pueda dormir.

Le dio la mamadera, la acomodó en la cama, le dijo que se la tomara toda, puso a calentar agua para el café y salió al patio. En él estaban casi todos los vecinos. Mostraban expresiones fatigadas porque ninguno había dormido. Habían permanecido toda la noche escuchando los informes de las emisoras sobre los sucesos. Sabían que los muertos eran muchos, sobre todo estudiantes y gente del pueblo. Lo que nadie podía asegurar era si había gringos muertos, aunque era probable que los hubiese.

— ¿Cuántos muertos habrá ya? — preguntó Marta, cuando estuvo junto al grupo.

— Hace poco dijeron que catorce — respondió uno que cargaba un radio portátil — . Y heridos, más de cien . . . Marta tomó asiento en un banco de madera, al lado de Susa, la vecina que cuidaba a Nuria durante el día.

— ¿Ya despertó Nuria? — preguntó cuando Marta se hubo sentado.

— Sí. La dejé tomando su mamadera.

De pronto, las conversaciones cesaron y todos prestaron atención al hijo de la Ñata, inquilina del 12, que llegó corriendo de la calle:

— ¡Hay tres gringos muertos! ¡La gente tumbó la cerca de la Avenida 4 de Julio!

— ¡Dios se apiade de nosotros! — lloriqueó una vieja mientras se santiguaba —. ¡Misericordia, Señor!

Marta se preguntó en voz alta si ya Nuria habría terminado. Susa creyó que hablaba con ella.

— ¿Cómo dijo?

— No, nada. Pensaba que ojalá Nuria no se baje de la cama. No me gusta que ande por ahí descalza.

— Sí, no es bueno.

— Ya le he dicho que si no se porta bien no la llevaré el domingo a los caballitos. Pero, bueno, con lo que está pasando, de ningún modo podremos ir.

— Sí. Y quién sabe cómo acabará esto.

— Desde esa vez que el gobierno le tiró la policía a los estudiantes no se veía nada igual — intervino el vecino del 9, un mulato con una pierna enferma, que caminaba arrastrándola y que se ganaba la vida vendiendo baratijas en los alrededores del mercado —. ¿Se acuerdan? Tal vez ustedes lo vieron. Los atropellaban con los caballos y les daban culatazos. Y también les echaron bombas lacrimógenas. ¿Se acuerdan?

— Sí — dijo Susa —, pero esto es peor. No hay comparación. Entonces no hubo tantos muertos. Los policías siempre se contentían; a lo mejor pensaban que un familiar de ellos podía estar entre los muchachos. Pero ahora todos los que estamos del lado de acá, somos de acá; no hay otra. Por eso tiran como tiran. No es por nada, y Dios me perdone si peco, pero a mí siempre me ha parecido que los gringos no tienen madre.

El sol se eleva lento sobre los techos. La luz baja a las calles y la sangre resplandece en el pavimento de la ciudad herida, y también la furia de los hombres reverbera entre el humo y las balas que silban buscando los cuerpos. A medida que transcurre el tiempo, una calma tensa sucede al fragor nocturno. Ahora se escuchan pocos estampidos del lado zoneíta, aunque la gente no ceja: miles de personas ocupan aún las calles y la plaza adyacentes a la línea divisoria. Las paredes muestran los impactos de las balas. Todos los vidrios de los edificios vecinos están rotos y el olor a mostaza no desaparece; al contrario, el calor del sol lo hace más penetrante. La gente moja pañuelos, con vinagre o con simple agua, y se los aplica en los ojos enrojecidos y llorosos. Resguardados por las casas o por los desniveles del terreno, los hombres observan los movimientos de los soldados y de los tanques que durante la noche dispararon sus ametralladoras contra la multitud. Un sentimiento de angustia, de impotencia y de cólera anida en sus huesos. Cada quien anhela un arma. Algunos desafían las balas para llegar hasta donde alguien tiene un revólver y piden, por favor, con los ojos húmedos de rabia, que les permita aunque sea hacer un disparo.

Una mariposa se para sobre el pasto, a corta distancia del *marine*. El amarillo de sus alas contrasta con la hierba, verde aún pese al verano incipiente. El *marine* recuerda a su pequeño

Kriss. Siempre que van al Summy Garden persigue a las mariposas. En este momento habrá ido a despertarlo. ¿Qué pensará cuando vea que no estoy en la cama? Volverá loca a Julie preguntándole por mí. Será un gran chico Kriss; seguro que sí. Siente fatiga. Relaja el cuerpo y observa una aglomeración de casas de madera que hay enfrente suyo, como a doscientos metros y ligeramente a la izquierda. Son viejas, techadas de zinc y despintadas. Aquí y allá, de alambres y cuerdas, cuelgan ropas. En ese instante alguien cruza velozmente de una casa a otra. Espera con el dedo en el gatillo. Si pasa otra vez . . . Nada. En una casa parecida vivía una mujer que tuvo hace tiempo, antes de ir a Vietnam, en la época en que tomaba cursos de supervivencia en la selva. Ella quería que se casaran. El dijo que lo pensaría, que tal vez sí, claro, para que no volviera a hablar del asunto. Súbitamente algo brilla en una ventana de la planta baja de una de las casas. Presta atención. No ve nada. Debe ser la fatiga, piensa. Instantes después el destello reaparece. Se restriega los ojos y apresta el arma. ¿Será el reflejo de un rifle? Apoya el fusil en el borde del parapeto y apunta con cuidado. El parpadeo cesa con el disparo. Parece que acerté. Bueno, una rata más al infierno. El barboquejo del casco presiona desagradablemente su barbilla. Lo afloja. A lo lejos, uno que otro disparo. ¡Kriss, pega aquí! ¡Duro, Kriss, duro! ¡Anda, dale! ¡Tú eres Rocky Marciano! Pone el rifle a un lado y se pasa la mano por la cara. Después afloja el cuerpo y, con expresión aburrida, la mirada inerte, contempla el humo que se eleva del edificio en llamas.

Dejó la botella vacía a un lado y permaneció inmóvil durante algunos segundos. Sus ojos examinaron el techo de la habitación. Su vista recorrió toda la estancia hasta detenerse en el pocillo que había sobre la mesa. Qué lindo era. Su madre lo había traído días antes. Grande y brillante. Si pudiera jugar con él. Bajó de la cama y, valiéndose de una silla, subió a la mesa. El fondo del pocillo reflejaba su rostro. Quiso bajar, pero con el pocillo en la mano no pudo. Lo arrojó al suelo, cerca de la cama. Ahora sí. De la silla pasó al piso. Era el pocillo más grande y bonito que había visto. El gato de la vecina del 7 asomó un instante por un hueco que había junto a la puerta. Me gustaría

que Mami consiguiera uno así. Yo le daría de todo lo que tía Susa me diera para comer. Gato, gato. El animal desapareció. La única ventana del cuarto estaba entornada. Su madre, salvo que lloviera, la mantenía abierta porque el cuarto era caluroso. ¿Por qué ahora la dejaría así? Seguramente no quiere que me asome a ver jugar a los muchachos. El otro día me dijo que no lo hiciera. Pero a mí me gusta. Cuando sea grande voy a correr y a saltar como ellos. Se pondrá contenta viéndome. Así como cuando vamos a los caballitos y ella ríe mientras doy vueltas montada en Titón. En el suelo, cerca de la ventana, había una caja de madera. Puso el pocillo sobre ella. En el patio se oyeron pasos. No era su madre. ¿Qué diría si me encontrara viendo jugar a los muchachos? Trepó al cajón y abrió despacio la ventana. No se veía ningún muchacho. El terreno de juegos estaba solitario. Sólo un perro rumiaba algo cerca del lugar donde botaban basura. Allá lejos, una casa muy grande echaba humo. También se escuchaban ruidos raros, como cuando en la TV de la tía Susa los bandidos peleaban con la policía. Sus pies desnudos tocaron el frío del pocillo. Ah, el pocillo. Lo levantó. Ahora, en la luz, reflejaba su rostro con toda claridad. Está más bonito que enantes. ¿Por qué será?

Decrecieron los comentarios de los vecinos y las dos mujeres reanudaron su charla en torno a Nuria. Si ellas nada sabían de política y revoluciones, ¿para qué seguir con el tema? Que pelearan y se mataran allá los que tenían que ver con esas cosas; a ellas que las dejaran tranquilas.

— Menos mal que Nuria no puede andar todavía metida en alborotos.

— Ni Dios lo quiera, Susa, y ojalá nunca lo haga. Si la suerte me acompaña, la pondré en una escuela de monjas. Así no viviré con el miedo de que en cualquier momento le pase algo por meterse en huelgas y enredos.

Susa, que veía en la niña la hija no tenida y que nunca podría tener, asintió con la cabeza. Estuvo un rato callada. Luego dijo:

— Bueno, Marta voy a ver qué hago para el desayuno. No quiero que me vaya a doler la cabeza por falta de café.

La Ñata vino a sentarse en el puesto desocupado por Susa. Marta se corrió para hacerle sitio. Conversaron de lo que habían

escuchado en la radio, aunque Marta dijo que ella no sabía nada.

— Pero yo sí, hijita — dijo la Ñata, que era aficionada a la cartomancia, a la lotería, a los libros de sueños y a las conjeturas. Bastaban un indicio o un rumor para que se desbocara su fantasía —. ¿Ya oíste que el gobierno pidió ayuda a los rusos?

— No — dijo Marta.

— Pues, sí; como lo oyes. Parece que van a mandar armas. Si lo hacen, estalla la guerra. Todo el mundo sabe cómo son los gringos. Nunca van a permitir eso.

La Ñata se interrumpió para gritarle a su hijo:

— ¡No quiero que salgas más! ¡Bastante tengo con darte de comer, para que encima me busques más líos!

Recostado junto a la puerta que comunicaba el patio con la calle, el muchacho replicó, también a gritos:

— ¡Pero si soy estudiante! ¡Qué quieres que haga!

— ¡Te he dicho que no! ¡Si te vas, no entras!

En apariencia resignado, el muchacho retrocedió con pasos lentos y fue a sentarse en la escalera que conducía a la planta alta; sin embargo, en sus ojos brillaba la determinación de escabullirse apenas la madre se descuidara.

El del radio subió el volumen a su aparato. El locutor anunció un boletín informativo de última hora. Todos callaron. ¿Qué pasaría ahora? ¿Más muertos? ¿El gobierno declaraba la guerra a los gringos? Eso tal vez no sucediera nunca. El viento agitó las ropas tendidas. En dirección al Palacio Legislativo y a la Plaza 5 de Mayo se oían disparos aislados y, a veces, como un eco multiplicado de los anteriores, ráfagas de ametralladora.

Papa fue la primera palabra que Nuria aprendió a decir. Esto hizo a Marta pensar en aquel muchachote rubio que conoció una noche en la Ancon Inn. Recordó que estuvieron juntos muchas veces. Siempre venía a buscarla en su día libre. Estaba tan solo y era tan tierno Charles. La madre era su único pariente y vivía en Oklahoma. Dos veces al año, en navidad y en su cumpleaños, le enviaba una postal y un *cake*. El resto del tiempo no sabía de ella. Quizás por eso, por la soledad, por la falta de cariño, gustaba de la música, de las canciones principalmente. Pasaba horas escuchando canciones que hablaban de un gran amor, de la vuelta al hogar y cosas así. Era extraño. En ocasiones an-

daba tranquilo y aparentemente bien y de pronto se entristecía y cantaba alguna de esas viejas canciones de su tierra, melancólicas y dulces. *Old man river* era hermosa. Esa me gustaba a mí también. ¡Pobre Charles! A veces era un niño. Un niño grande, bueno, solitario; un niño triste, que buscaba calor y compañía.

Recuerda que tenía miedo. Miedo de que lo enviaran a la guerra. Pero no por la muerte. No es eso, decía. Era miedo de morir o de matar por gusto, sin ninguna justificación. A veces se ponía a explicar durante horas por qué no quería ir a la guerra. Yo no entendía bien lo que decía, pero sus palabras eran hermosas y sonaban sinceras, penetraban profundamente en mí y me hacían quererlo mucho más de lo que ya lo quería. Decía que para él resultaba inadmisibile matar a quien jamás había visto ni le había hecho daño. Estaba en contra de arrasar aldeas y pueblos de los que ni siquiera sabía el nombre. Soñaba con ser algún día mecánico de aviación, no en quedar con el vientre destrozado, a miles de millas de su casa y con el temor de haber caído en vano, con la sensación de haber sido engañado. No quería ir. Lo repitió muchas veces. Hay tipos que nacen para eso, decía, hay tipos que disfrutaban matando, pero otros somos distintos. Créelo, Marta, algunos no somos como ustedes piensan que somos todos. No quería. Y era sincero. Yo sé que era sincero. Pero lo mandaron. La última vez que nos vimos me dijo: "Llegó la orden". Me sentí desolada y no quise preguntar más. Con todo, esa fue nuestra ocasión más hermosa. Quizás por la tristeza que sentíamos.

Algunas voces se elevan hasta dominar el murmullo de las conversaciones. Los tonos (ásperos, perplejos, sumisos) reflejan los distintos estados de ánimo frente a los acontecimientos. Marta y la Ñata observan cómo las opiniones, individualmente y en conjunto, intentan hilvanar una explicación de los hechos:

- Dicen que el primero que cayó era estudiante de la Profesional.
- No, era institutor. Parece que sobrino de un diputado.
- Yo oí que fue una muchacha de la universidad.
- Por qué se meterán en estas cosas, Dios mío; no se fijan en el sufrimiento de nosotras, las madres, si les pasa algo.

— Lo que era a mí no me agarraban tirando piedras: balas, carajo, plomo ardiendo les daba yo.

— Esto tenía que venir; se olía en el aire desde hacía tiempo.

— Mientras los gringos ocupen la Zona, nadie estará tranquilo en esta tierra. La conciencia nacionalista del pueblo...

— ¿Pero qué podemos hacer?

— Por lo menos, morir dignamente, como esos muchachos. Así los gringos...

— ¡Los gringos, los gringos! ... ¡Qué gringos ni que carajo!

La culpa ha sido de los bribones que nos han gobernado.

Han sido dos veces malos: por cabrones y por traidores.

La gente tiene que entender eso.

— Es verdad. Desde los tiempos de Belisario aquí no hemos tenido un presidente con cojones.

La brisa agita más fuerte las ropas colgadas en el patio desde el día anterior. La claridad solar penetra en las viejas maderas, teje remolinos sobre el piso cuarteado y entibia el aire dormido de los rincones. A lo lejos, una ráfaga. Otra. Luego de una pausa, recrudece el tableteo y en el patio se apagan las palabras.

— Me mandan — dijo y no habló más.

En el trayecto de la ciudad a la playa se tomó tres veces cervezas. Ella no quiso beber. Sentía que la tristeza le iba creciendo por dentro.

— ¿Por qué no cantas? Me gustaría oírte.

— Ahora no tengo ganas — dijo él —. Mejor prende el radio.

Ella buscó música alegre. Quería un cha cha chá o una guaracha, pero sólo había boleros.

— No pongas eso. ¿No hay otra cosa?

Ella comprendió que él también estaba triste. Apagó el radio y recostó la cabeza en su hombro. Entonces él tomó el volante con una mano y le acarició el cabello con la otra.

Afuera hacía calor y, de trecho en trecho, a los lados de la carretera, aparecían casitas con techos de paja y paredes de adobes.

En San Carlos no había casi gente. Dejaron el auto debajo de un árbol y caminaron por la orilla del agua, para no quemarse los pies con la arena recalentada por el sol. La espuma se deshacía entre los dedos. Caminaban entrecruzando las huellas y mar-

cándolas bien, pero las olas las borraban al instante. A él le molestaba el resplandor de la arena y cerraba los ojos.

— Debiste traer los anteojos — dijo ella.

Dos botes pescaban en lontananza; en uno usaban anzuelos y en el otro redes.

— Nunca hemos paseado en bote — dijo ella.

— No — dijo él —. Algún día lo haremos.

Al final de la playa, en el acantilado, había una cueva hecha por el mar, pero ahora el agua no llegaba hasta ella. Sólo en la época de las grandes mareas era batida por las olas. Su interior era muy fresco y en el piso había conchas y caracoles. El tendió una toalla y se acostaron sobre ella. Durante un rato permanecieron en silencio, observando el vuelo de las gaviotas, que a veces llegaban hasta muy cerca de la entrada de la gruta. Luego él quiso hablar, pero ella le dijo que no, que no dijera nada, que siguiera así, de espaldas. Y se puso a acariciarle el pecho, a ensortijarle los vellos con la lengua; él se estremeció y ella buscó su boca y se entregaron tiernamente, lentos, olvidados de mundo y tiempo, confundidos lágrimas y besos y deseo y angustia. Querían morir o eternizarse en cada sensación, en cada movimiento. Sin palabras, con las manos, con la piel, hablaban de una misma tristeza, de la mutua añoranza que ya sentían sin haberse separado.

— Nos casaremos cuando vuelva — dijo él, ya los cuerpos en reposo, desnudos en el aire salino.

Marta pensaba en él cada vez que Nuria decía “Papa, papa” Estaba segura de que Charles era el padre. Lástima que él no lo supiera. Tenía sus mismos ojos. Sí, no podía ser otro. Charles era el único por quien había sentido algo. Los demás sólo habían sido clientes, siluetas sin rostro, sombras surgidas de la sombra que buscaron calor entre sus piernas al amparo de la noche. Ni siquiera habían sido nombres. ¿Alberto, Mike, Giuliano? . . . Sí. No. Todos y nadie. Podían ser borrados. Podían no haber existido. Pero Charles . . . Qué ganas de llorar cuando le dijo adiós desde la cubierta del PELLIKAN. Estuvo en el muelle hasta que el barco desapareció detrás de las islas que hay a la entrada del canal. Era tan hermoso cuando lloraba. Como esa vez, la última, que lloró sobre mis senos después de hacer el

amor. ¡Pobre Charles! Ese día tuve el presentimiento de que nunca volvería. Y así ha sido. Pero ahora ya no importa que nunca regrese, porque en Nuria lo tendré siempre conmigo. ¡Pobre Charles!

Durante un rato observa cómo el fondo del pocillo acorta o alarga sus facciones, según la posición en que lo sostenga. Después vuelve a prestar atención a lo que vislumbra más allá del terreno de juegos. Cerca del edificio donde su madre dice que se reúnen los diputados, va un hombre corriendo. ¿Por qué correrá tanto? De pronto suenan dos disparos y el hombre cae. ¿Y ahora? Debe ser un juego. Uno corre y corre, y al oír el pum pum se deja caer como dormido. Un día voy a jugar así. El sol acentúa el verde de sus ojos y extrae reflejos del pocillo de estaño. Sonríe. ¿Qué dirá Mami? Es bonito el ruido que se produce al golpear la madera con el pocillo. Dirige la vista al cielo ahumado. Un helicóptero de la Air Force vuelve en círculos cerca del cerro Ancón. Más allá, sobre territorio de la Zona, revolotean más helicópteros y aviones. Escucha pasos en el patio. ¿Vendrá mami? Un día jugaré como ese hombre. Yo haré pum pum y que otro caiga. Toc toc. Qué lindo hace el pocillo. Y continúa golpeando hasta que un proyectil de Garand la arroja hacia atrás y sus ojos verdes se apagan en el aire de pólvora, en la sordidez de la mañana manchada de humo y gases.

EL FINAL DEL VERANO

Para Jorge Turner

La tarde era calurosa, aunque una brisa ligera, que traía el olor del mar, agitaba el follaje de las palmas. Yo estaba comprando una soda para mi tía cuando Estelita entró a la tienda y pidió una libra de carne y otros comestibles. En tanto el chino despachaba el pedido, ella se acercó a preguntarme por Javier.

— ¿No está con los muchachos? Ahorita deben estar debajo de los mangos.

— Si lo ves, dile que ya no estoy disgustada, que me busque después de comer. No se te olvide.

Seguidamente tomó las cosas que el chino había metido en una bolsa de papel, puso sobre el mostrador el importe de la compra y salió, sonriente y moviendo su cuerpo como una mujer grande.

El chino echó el dinero en el cajón y, de un bolsillo oculto por el delantal sucio y descolorido que usaba, sacó el programa hípico de la semana. Con un lápiz de punta roma y lleno de muescas, se puso a hacer cálculos. Después de un momento dijo que *Soñador* era un fijo para la primera de la quiniela del sábado.

— Consigue dinero y le apostamos. Verás que nadie nos tumba — me dijo entusiasmado —. Seguro que ganamos.

— ¡Nadie nos tumba! ¡Así como la semana pasada? Olvida ese sueño de opio, chinito, y bájate de esa nube! Toma; ahí está lo de la soda.

Chang Lee era un formosiano que había entrado de contrabando al país — metido en un tonel, según decían — y que no sabía nada de caballos. La semana anterior nos había hecho perder, a Federico y a mí, un dólar con *Jaranero*. Nos aseguró que apostábamos sobre un dato que le había dado un tipo que siempre estaba en el hipódromo. Era cuidador o algo así y le había jurado al chino que él nunca perdía.

— Entrenle, muchachos. Pongan un dólar y vamos a medias. Después no digan que no les dije.

El alazán partió como un rayo; sacó tres, cuatro largos y punteó durante los primeros mil metros, pero luego le faltó aire y en el tramo final las patas se le volvieron de trapo y entró en penúltimo lugar.

Federico y yo seguimos la carrera pegados al transistor, re-
mando como desesperados. Al principio estábamos felices: ya nos veíamos gozando la mitad de los diecinueve dólares que *Jaranero* pagaba a ganador; poco después, sin embargo, nos arrepentimos de haberle hecho caso al chino. ¿Qué sabía él de caballos? Si alguna vez volvíamos a apostar, no sería por consejo de ese chino güevón. Seguro que no. Que se fuera al carajo con sus datos.

Mientras caminaba hacia la casa (vivíamos a media cuadra de la tienda), olvidé a Chang Lee y me puse a pensar en el encargo de Estelita. La tarde anterior se había disgustado con Javier por culpa de una novelita de amor, pero era una buena guial. Seguramente en ningún lado había muchas como ella.

Era novia de Javier desde hacía tres meses. Comenzaron a vacilar en la fiesta de quince años de la hermana de Francisco. Estelita todavía era nueva en el barrio. Hasta entonces había vivido en el otro extremo de la ciudad, en una casita de tablas y cartones perdida entre otras muchas, todas habitadas por malosos, desempleados y campesinos que habían emigrado a la capital en busca de oportunidades. Unos soñaban con entrar de jornaleros en la Zona del Canal, otros querían colocarse de peones en Obras Públicas o conseguir un puesto de guachimán en alguna construcción, pero habían consumido las ilusiones, pasaba el tiempo, no conseguían nada y continuaban allí, aferrados a la tierra cenagosa, a la casucha miserable, viendo aumentar la familia y las penurias.

Allá había muerto el padre de Estelita. Durante una batida policiaca lo había alcanzado una bala perdida. Estaba cenando cuando se oyeron gritos, carreras y disparos. El salió a ver qué pasaba y cayó con un balazo en el estómago. Las autoridades hicieron averiguaciones, comprobaron que el difunto no era un delincuente y prestaron ayuda a la viuda.

Con el dinero recibido, la familia buscó casa en otra parte. Ahora Estelita vivía con su madre, que había conseguido trabajo

como portera en una escuela, y con una muchacha hosca, que nunca hablaba con nadie ni salía a la calle. Se decía que era muda y loca. La vez que preguntamos a Estelita quién era esa guial tan rara, dijo que era una sobrina lejana de su mamá, quien la había recogido porque era huérfana y nadie la quería tener.

Francisco y su hermana fueron los primeros amigos de Estelita. Este había conversado con ella un par de veces en la parada de buses y sugirió a su hermana que la invitara al cumpleaños.

A la fiesta fuimos todos y se formó un buen ambiente. El papá de Francisco estaba achispado y a mitad del vals pidió que quitaran esa música anticuada y pusieran un cha cha chá, que él y su hija del alma no iban a seguir bailando vainas de viejos. "Hay que estar con la juventud, con el sabor", gritaba. Su esposa le dijo que no fuera majadero ni aguafiestas y que terminara el vals. El acabó, riéndose, entonó el *Happybirthday*, bebió una copa de sidra y gritó: "Ahora se acabó la jodedera. Paso a la juventud!". Luego buscó un par de sillas y se puso a tomar cerveza con un vecino.

Francisco puso un *longplay* del Beny comenzamos a bailar. De inmediato nos dimos cuenta de que ninguna de las guiales que estaban allí bailaba como Estelita, y todos pensamos, viéndola moverse así, con alegría, con ritmo, con verdadera sabrosura, que no era mala idea ser su novio. Todos lo pensamos. Sin embargo, fue Javier quien tuvo suerte. Esa noche bailó con ella muchas piezas, bebieron ponche y conversaron y rieron sin dejar de mirarse a los ojos. En los días siguientes continuaron viéndose y en las nohécitas se sentaban muy juntos en las bancas que había delante de la parroquia. Entonces los demás (incluido el propio Francisco, que era quien primero le había echado el ojo) comprendimos que no había nada que hacer, y nos apartamos.

Después, a veces, al salir de clases, ella se reunía con el grupo debajo de los mangos. En verdad, se convirtió en una especie de hermana nuestra. Y cuando íbamos al cine (preferíamos las películas de *cowboys* o de guerra. *Shane el desconocido*, con Alan Ladd, y *Regreso del infierno*, con Audie Murphy, nos enloquecieron. Durante varios días, quizá semanas, todos fuimos pisto-

leros o soldados) ella y Javier se sentaban detrás, para que no viéramos si se tomaban las manos o se besaban. Al principio — tal vez porque, aunque no lo dijéramos, todos habríamos querido estar con ella — bromeábamos con eso, pero luego nos acostumbramos y veíamos la película sin acordarnos de ellos.

Otras veces estábamos hablando de beisbol o de boxeo (Charles soñaba con ser algún día como Sugar Ray Robinson; Federico afirmaba que Mickey Mantle era lo más grande) o de ir a buscar hierro viejo para vendérselo al polaco de la compra y venta, cuando Estelita llamaba a Javier y éste regresaba con una bolsita de mamones o de cocadas.

— Aquí les manda Estelita — decía mientras ella nos saludaba desde la calle.

Su cariño por Javier se había extendido a todos; por eso la considerábamos una especie de novia del grupo. Resignadamente, en secreto, cada quien había enterrado en lo más hondo de sí mismo sus pretensiones hacia ella; pero también cada quien (aunque no lo dijera) seguía teniéndola por una buena guial, por una hembra de veras digna de ser querida. En realidad, cada uno soñaba con encontrar una Estelita que lo amara sin egoísmo, sin pretender alejarlo de los otros.

Federico había tenido que dejar a su última novia porque ella no quería que él anduviera con nosotros. Era hija única de la subdirectora de una escuela y porque la madre le compraba vestidos lindos y la había puesto a estudiar música, se sentía la reina del mundo. Decía que hablábamos como maleantes y que éramos gente baja. Si él quería seguir siendo su novio — así, terminante y bien claro, se lo dijo —, tenía que separarse de nosotros y pulir sus maneras. Antes le había pedido que anduviera planchado y peinado con partido cuando la acompañaba al cine. Pero eso de pulir el vocabulario y las maneras, fue lo que Federico no aguantó. Le dijo que ninguna guial, por más que se las tirara de piquiñosa y de fina, valía más que sus amigos, que ninguna guial, ¿estaba claro?, ninguna gual le iba a indicar con quién podía andar y con quién no. Qué se había creído. Que cogiera brisa, si no lo aceptaba tal como era, con sus modales y sus amigos.

Eso fue un jueves, en la retreta de Santa Ana. Allá la dejó y

vino a contarnos lo que había pasado. Todos coincidimos en que una guial así no valía la pena. Quería tirárselas de rabiblanca y era rabiprieta. Estaba bien jodida, la pobre. Federico había hecho lo que había que hacer. Cómo no.

De eso nos reímos mucho. Y después vacilábamos a la ex de Federico. Cuando nos encontrábamos con ella, Charles aflautaba la voz y decía: “¡Ay, pero que vulgares son, mi rey! No soporto que andes con ellos. Que diría mi madre. ¡Horror! No quiero ni pensarlo”.

— Tía, sobre la mesa le dejo la soda.

— Está bien. Espera un momento, que ya salgo del servicio, para servirte la comida.

— No, mejor regreso; voy a darle una razón a Javier.

— Bueno, pero no te demores.

Javier no estaba en los mangos. Federico dijo que la mamá lo había mandado a comprarle unos chances.

— Si lo ves antes que yo, dile que Estelita quiere hablar con él.

Dijo que estaba bien, acordamos reunirnos más tarde y regresé a la casa.

Después de comer, mi tía me dijo que fregara y se acostó porque le dolía la cabeza. (La noche anterior había regresado tarde de la calle. Algunos sábados volvía poco antes de amanecer y con aliento de cerveza; otras veces venía acompañada de algún gringo o puertorriqueño. Aunque nadie la criticaba por eso, pues en el barrio muchas hacían lo mismo, a mí no acababa de gustarme, pero no le decía nada porque siempre era buena conmigo).

Terminé de fregar y me puse a leer una novelita de *cowboys*. La dejé cuando el sheriff había matado al último y más peligroso miembro de una banda de cinco *gunmen* que lo había emboscado en un *saloon*.

Eran las cuatro y media cuando llegué a la casa de Javier. Su madre estaba descifrando en las barajas el futuro de una vecina, cuyo marido había sido hechizado por una mulata colombiana. Con los ojos cerrados, como si estuviera en trance o sufriendo mucho, y con las manos en cruz sobre el pecho, la vecina murmuraba un rezo mágico. La madre de Javier la observaba mien-

tras mecánicamente ponía aquí un caballero negro, allá un as de bastos, un rey de oros, etc. Con la mano me indicó silencio y luego, al concluir la oración de la vecina, con voz apenas audible me dijo que Javier había regresado del centro, pero que había vuelto a salir. "Debe estar en los mangos", pensé, y me fui allá. No estaba, aunque sí Francisco.

— Los otros vienen al rato — dijo —. Federico fue a darle tu razón a Javier.

— No está en su casa. Vengo de allá.

— Ah, entonces seguramente no demora.

Me senté en una de las tablas que habíamos clavado sobre las raíces de los mangos.

— ¿Recuerdas — dije — el día que conseguimos estas tablas del montón que había detrás de la escuela? ¿Recuerdas el susto que nos llevamos y la cara que puso Lucho, el celador? Mientras cogíamos las tablas, hicimos ruido, pero nos ocultamos y no pudo descubrirnos, por más que dio vueltas con el *flashlight*. Más tarde supo quiénes se habían llevado las tablas; sin embargo, nunca nos reclamó nada.

Francisco sonrió y continuó callado y sin moverse. Estaba rendido y miraba las ramas, las hojas — levemente movidas por el viento — y quizás el cielo. Yo también me acosté boca arriba y me puse a ver el aire. El calor había disminuido. Había pocas nubes y el último sol les daba un color amarillo-rojizo. Luego cerré los ojos y traté de identificar, mediante el sonido del motor, los distintos tipos de vehículos que pasaban por la calle próxima. Cuando Federico y Charles llegaron, estábamos a punto de dormirnos.

— Encontré a Javier cuando venía para acá. Fue a ver a Estelita — dijo Federico.

Francisco se levantó, estiró los brazos para desperezarse y dijo que había estado pensando que debíamos ir a la playa el día siguiente.

— El lunes — era jueves — volvemos a la escuela y se está acabando el verano. Debemos ir antes de que terminen las vacaciones. ¿No les parece? Además, hace días que no vamos.

— Sí, sería bueno — dijo Charles. Pero quedarnos allá todo el

día. Si no, no vale la pena. Yo puedo llevar el tubo de mi hermano.

— *Okay* — dijo Francisco —. No hay más que hablar. Eso sí, que cada quien lleve algo de comer; no sea que nos pase como la vez que tuvimos que robarle naranjas y guineos al *bway* aquel que estaba con una guial en el montecito.

— ¿Quién tiene cigarrillos? — preguntó Federico.

Este fumaba habitualmente desde hacía un año — los demás lo hacíamos de vez en vez, cuando alguien nos daba o cuando podíamos comprar un paquete entre todos —, pero casi nunca tenía cigarrillos.

— Pongo un *dime*. Cómpralos — dijo Francisco.

Federico trajo los Viceroy y nos pusimos a fumar. Seguimos hablando de cosas diversas y luego alguien sugirió que fuéramos al cine.

— En el Roosevelt siguen dando *Alas de fuego*, y no hay plata para ir al Capitolio; allá dan *Caminos de venganza* — dijo Francisco.

— Podemos ver de nuevo *Alas de fuego* — propuso Federico —. Me gusta cómo los F-86 derriban a los Migs.

— Mejor quedémonos aquí— medió Charles—. Más tarde podemos ver la televisión en la tienda. Hoy dan *Los intocables*.

— Está bien. Nos quedamos. Pasa otro cigarrillo — dijo Federico.

Poco después llegó Javier con la cara seria. Parecía disgustado y a punto de llorar. “Otra vez peleó con Estelita”, pensamos. Pero no. Estelita no estaba en su casa (su mamá la había mandado a llevar algo donde una conocida) y él había ido a buscarla; sin embargo, no la había encontrado.

— ¿Y por eso quieres llorar? — dijo Charles —. Uh, mi *brother*, estás bien jodido. No digas que Estelita te tiene así. Anda, fúmate un cigarrillo para que olvides los pesares.

— No, no es por eso — Javier comenzó a llorar —. Es que al regresar de buscarla pasé detrás de la escuela, por el camino del tanque de agua. Ustedes saben. Venía pensando qué se habría hecho Estelita, cuando de pronto vi que ella y un hombre caminaban delante de mí. Entonces me acerqué y vi que él le tenía el brazo echado.

Nadie dijo nada. Los esfuerzos de Javier por contener el llanto eran lo único que se oía. Fumábamos, mirábamos el suelo (ya casi había anochecido) y algo se iba resquebrajando dentro de nosotros. Hasta el cigarrillo tenía un sabor triste. Francisco comenzaba a decir algo de que las guiales son, cuando escuchamos que Estelita nos llamaba desde la calle. Nadie respondió.

— ¡Vengan! — insistió —. ¡Vengan! Un hermano de mi mamá llegó del interior y nos trajo esto. — Mostraba un cartucho —. Es para comer. ¡Vengan!.

Al terminar el queso y la raspadura, nos pusimos a reír.

— Ajo, Estelita, hubieras visto cómo lloró Javier — dijo Charles —. Por eso es que yo nunca me enamoro. A este *man* ninguna guial lo va a poner así. *Never, brothers. ¡Never!*

Al escuchar el comentario, Estelita se puso roja y Javier bajó la cabeza. En el fondo, todos sentíamos una vaga vergüenza, como si hubiéramos hecho algo que nunca debíamos haber hecho.

Al rato, Javier fue a dejar a Estelita a su casa. Los demás encendimos cigarrillos y nos quedamos allí, en la sombra de los mangos, observando a la gente que pasaba por la calle, sin comentar ni decirnos nada, sólo viendo a la gente y pensando.

INDICE

INDICE

PEDRO RIVERA

En donde se cuenta la historia de Ascanio y de otros que también murieron	9
No lloro muerto no mío	21
Lo que necesita Pobla	27
El jardinero de Sara	31

DIMAS LIDIO PITY

Como en un viejo grabado	39
Al final de la escalera	49
Un destello en el sol naciente	55
Al final del verano	67

*Este libro se terminó de imprimir
en los Talleres de la Imprenta
de la Universidad de Panamá
en el mes de Mayo de
1988*



P. RIVERA

Poeta, escritor y cineasta. Nació en Panamá, en 1939. Es autor, entre otras obras, de **Panamá, incendio de sollozos**, **Mayo en el tiempo**, **Las voces del dolor que trajo el alba**, **Despedida del hombre**, **Peccata minuta**, **Los pájaros regresan de la niebla** y **Libro de parábolas**.

D.L. PITTY

Poeta, escritor y periodista nacido en Potrerillos, Chiriquí, en 1941. Es autor, entre otras obras, de **Camino de las cosas**, **El país azul**, **Memorias del silencio**, **Crónica prohibida**, **Sonetos desnudos**, **Décimas chiricanas**, **El centro de la noche**, **Los caballos estornudan en la lluvia**, **Estación de navegantes**, **Realidades y fantasmas en América Latina**, y **Letra viva**.

